

siempre al comunicarse unos á otros el enlace de la bella portuguesa.

Poco tiempo despues logró don Luis ir destinado á las Indias como contralor, y allí empezaron á desarrollar ambos cónyuges los diferentes proyectos que abrigaban mutuamente al haberse unido.

Pero el asunto merece capítulo aparte, y en el siguiente daremos los pormenores necesarios para dibujar por completo la figura de estos dos personajes que hemos bosquejado ligeramente.

---

## Capítulo XCVIII.

---

Nieve y fuego.

Hernan Cortés, impresionable siempre, experimentó una viva emoción el día que por primera vez vió á la hermosísima portuguesa.

No se le ocultó á don Luis Longo y Tenreyr o el efecto que había producido en el caudillo la deslumbradora belleza de su esposa doña Constanza.

Creyó llegado el momento de realizar sus planes ambiciosos, y aquel mismo día en que los cónyuges llegaron á las Indias abordó las cretiones.

—Constanza,—dijo á su mujer apenas se separaron de Hernan Cortés, en el poco tiempo que llevamos de matrimonio he podido apreciar el talento

...  
—Gracias mil por la lisonja, señor marido; pero

á qué debo atribuir veros hoy tan galante, cuando durante nuestro viaje no he oído apenas de vuestros labios ni aun esas frases de educación que se dedican á las personas que encontramos en nuestro camino á las que no son completamente indiferentes?

—Me juzgais mal, amiga mía.

—Permitidme que os diga que os equívocais.

—No comprendo en qué os fundais vos para decir eso.

—Me explicaré.

—Os escucho.

—Es cierto que durante la travesía no me he mostrado con vos todo lo galante, todo lo efectivo que mereceis.

—¿Vos lo confesais?

—Ante todo soy sincero.

—De forma que os arrepentiréis.

—No tengo por qué arrepentirme. Escuchadme hasta el fin.

—Yea en buen hora.

—Si no habeis visto desatento á vuestro lado, es por que pensaba en el porvenir. Al fin y al cabo, el viaje que emprendíamos ha de ser necesariamente de gran trascendencia para nosotros, y preocupado con la suerte que nos está reservada, no me he fijado cuanto debia en vos, mi quisquillosa compañera.

Hubo una breve pausa, al cabo de la cual tomó de nuevo don Luis la palabra.

—Pero no perdamos tiempo,—añadió;—he apelado á vuestro talento, y no dudo le empleareis en

mi obsequio, puesto que ha de redundar en beneficio de los dos.

—Veamos de qué se trata.

—Nuestra fortuna, como sabeis, no se halla en un estado próspero.

—¿Vais á echarme ahora en cara que no os he traído dote?

—Me ofendeis con esa pregunta, que por otra parte no es ni aun lógica. ¿Cómo he de echaros en cara que no habeis aportado dote á la sociedad conyugal, cuando habeis traído *dotes*, y dotes incomparables por su valor?

Esta galantería produjo buen efecto en doña Constanza.

Su esposo prosiguió:

—Al recordaros el estado poco satisfactorio de nuestra fortuna, era para haceros comprender la conveniencia de mejorarla.

—¿Y bien?

—O mucho me equivoco, ó me parece que se nos presenta una ocasion favorable para ello.

—No comprendo.

—Prometedme vuestro concurso, y es cosa hecha.

—Pero ¿qué puedo yo hacer?...

—Todo, absolutamente todo.

Doña Constanza hizo un gesto de extrañeza.

—A lo que veo,—añadió don Luis,—sois tan modesta como bella; de otro modo habríais advertido la impresion que vuestros encantos han producido en Hernan Cortés.

—¿Qué quereis decir, caballero?—preguntó con altivez la portuguesa, como indignándose por la intencion que entrañaban las de su esposo.

—Teneis suficiente talento para que yo necesite extenderme en detalles. Sólo os recomiendo que en todo y por todo procureis complacer al caudillo, porque ésta complacencia podrá ser la base de nuestra prosperidad futura.

Doña Constanza quiso lucir una vez más sus condiciones de actriz consumada, y prorumpiendo en acerbo llanto:

—¡Pero, Dios mio!—exclamó,—será posible que sea tan desgraciada que tenga que oír de los labios del hombre á quien he jurado fidelidad ante el altar, que falte á esos sagrados juramentos! ¡Ah! ¡Caballero, con nada podreis borrar de mi corazon la dolorosa huella que producen en él vuestras inconvenientes palabras!

Longo contempló á su esposa sonriéndose, y cogiéndole la mano, dijo:

—Mi querida amiga, hablemos en razon, como personas que se conocen hace tiempo. Arrojemos la máscara que nos encubre, y vayamos derechos á nuestro asunto. Vos no ignorais los móviles que me obligaron á haceros mi esposa, y yo, por mi parte, tampoco desconozco que habeis buscado en mí un redentor de vuestra pasada vida, un tanto equívoca. Así pues, debemos ser completamente sinceros.

Y sin dar fiempo á que doña Constanza se repu-

siese de la sorpresa que en medio de todo produjo en ella aquella declaracion, abordó la cuestion.

—Es preciso,—dijo,—que empleeis vuestro talento en inclinar al caudillo á que rinda culto á vuestros encantos. No dudo que lo conseguireis, porque sé la fascinacion que ejerce vuestra belleza sobre todo el que os vé, y ya podeis suponer que los beneficios que obtengamos, que han de ser cuantiosos, seereis la primera en disfrutarlos.

Quedóse reflexionando un instante doña Constanza.

Luego repuso:

—Bien está, sereis obedecido; trabajo me cuesta dar ese paso; pero la mujer debe sacrificarse en todo y por todo, si de su sacrificio puede resultar algun beneficio á su esposo.

En esta resolucion de doña Constanza habia, como es consiguiente, un interés, que no era el que se prometia á su marido.

Habia visto al secretario de Hernan Cortés, al simpático Luciano; y su imaginacion novelesca se le habia presentado como el ideal de todas sus ilusiones.

Se vé efectivamente con frecuencia que las mujeres que más se han distinguido por su vida aventurera, que han causado la desesperacion de no pocos con su desvío, aun estando sus amantes en el apogeo de la fortuna, se apasionan locamente de jóvenes imberbes.

Esto, que á primera vista parece absurdo, no

puede ser más lógico: es una prueba de decadencia en el modo de ser de las criaturas.

Doña Constanza se proponía interesar el corazón de joven Luciano, porque anhelaba oír las palabras dictadas por el cariño, no por el egoísmo, por los impuros deseos de sus galanteadores, que eran las frases que hasta entonces había oído.

Adoptando los trajes que más propios eran para exhibir sus encantos, dirigiendo candentes miradas al mancebo siempre que le encontraba, empezó á forjarse en su imaginación las ilusiones que constituían el encanto de su vida.

La indiferencia de Luciano, por más que le contrariaba en cierto modo, aumentaba su pasión, porque atribuía á candor, á falta de mundo, lo que sólo era en el joven el resultado de una instintiva repulsión.

El secretario de Hernan Cortés no podía de ningún modo corresponder á la pasión de aquella aventura.

Comprendía el amor de diferente manera, y á decir verdad, el objeto á que él se hubiese consagrado, á serle lícito, llenaba todo su sér.

No hay para qué decir que este objeto era doña Juana, la mujer de Hernan Cortés.

Era su vida.

El, sin embargo, no podía explicarse lo que le inspiraba la hermosa doña Juana.

Había en su afecto algo que le asemejaba á veneración.

Cuando estaba separado de ella, se le ocurrían mil frases que decirle.

En su presencia enmudecía.

Bien es verdad que sus ojos expresaban más que cuantas palabras pudieran proferir sus labios.

La esposa de Hernan Cortés adivinaba las ideas que cruzaban por la mente de Luciano, y además de halagar su amor propio de mujer, le eran gratas, porque hallaba un corazón que comprendía el suyo.

Esta era la situación del joven secretario del caudillo, cuando doña Constanza Docal y Folguera fijó sus ojos en él.

Viendo que Luciano permanecía impasible á las seducciones de su coquetería, y habiendo formado ya empeño en hacerle su esclavo, creyó la mujer de don Luis que debía proporcionarse con él una entrevista en su casa.

—Tal vez,—se decía,—el doncel tendrá relaciones con otra mujer, y no querrá en público rendir culto á mi belleza.

Sin vanidad puedo decir que sería el único hombre que no hubiese quemado incienso en honor mio.

Tal vez sea tan tímido que no se atreva...

Y quién sabe si bajo ese exterior tímido ocultará toda la audacia peculiar á un hombre de mundo. En fin, de cualquier modo, pronto saldré de dudas.

Pensemos ahora en el medio de hacer que Luciano acuda á mi llamamiento.

Al cabo de un pequeño intervalo añadió.

—¡Ah! ¡Qué idea! Por lo que he podido observar,

ese jóven profesaba un cariño entrañable á Hernan Cortés; diciéndole que tengo sospechas de una horrible trama en contra suya, y que necesito su concurso para descubrirla, se apresurará á complacerme.

Le escribió un billete en este sentido, y mientras una persona de toda su confianza le entregaba al jóven secretario, doña Constanza se vistió con la mayor coquetería, exhibiendo sus torneados hombros y su alabastrina garganta.

La tela de su traje era finísima, y se transparentaban algun tanto sus correctas formas.

Luciano, cuya fidelidad hácia el caudillo, cuyo leal afecto conocemos, se apresuró á ir á casa de don Luis, creyendo de buena fé en el objeto que pretextaba para aquella entrevista la apasionada portuguesa.

Esta, apenas se presentó el mancebo:

—Vais á jurarme, —exclamó,—antes de que hablemos del asunto que aquí os ha traído, vais á jurarme, repito, el mayor secreto sobre esta cita misteriosa. Pudiérais comprometer mi reputacion con las más ligera imprudencia, y ya veis que no seria justo.

—Señora, podeis estar segura de que nadie sabrá que he venido á vuestra casa; y además os diré que, á no haber sido por vuestra súplica jamás me hubiera atrevido á ello.

—Segun eso, ¿os pesa el hallaros á mi lado? —le preguntó, dirigiéndole una de sus más encantadoras miradas.

Luciano no supo qué contestar.

Era la primera vez que se hallaba en una situacion semejante, y aunque llenaba su corazón el recuerdo de doña Juana, la verdad era que empezaba á sentir la influencia de la belleza de su interlocutora.

Esta, que como mujer veterana en los hechos de amor, comprendia el efecto que producía en el jóven, sentándose á su lado y aproximándose tanto que casi le hacia sentir su aliento en sus lábios:

—Os he preguntado hace un rato, —añadió,—si os pesaba hallaros á mi lado, y no os habeis dignado contestarme.

—Señora, ya comprendéis que no puede pesarme, tratándose, segun creo, de...

No terminó la frase.

Doña Constanza, que se figuraba que ya iba á caer de rodillas á sus piés para declararle su amor:

—Vamos, proseguid, —le dijo;—os autorizo para que hableis con entera sinceridad.

—Pues bien; creía que se trataba de librar de un peligro á Hernan Cortés.

No podia imaginar la portuguesa tanto candor en Luciano, y para convencerse de si era cierto ó fingido, añadió:

—Tened en cuenta que á nadie he concedido una entrevista á solas en mi casa: vos sois el primero que obtiene este favor, que todos envidiarían; pero confío en que no abusareis de la soledad en que nos encontramos y que me guardareis el respeto que merece siempre una señora.

Tampoco contestó el joven á estas palabras, cuya oportunidad no conocia, toda vez que él habia permanecido dentro de los límites del mayor respeto.

Doña Constanza vió con pena que no adelantaba un paso en sus planes.

Pero no se dió por vencida.

Fingió que se desmayaba, y cayó en los brazos del joven.

Este, creyendo que efectivamente era presa de un accidente, trató de salir para pedir socorro; pero la portuguesa, cogiendo febrilmente sus manos:

—No, no es nada,—dijo;—aflojadme un poco la ropa. . el aire me hará mucho bien.

Si á Luciano le hubiesen propuesto que tomase una batería á la bayoneta, no le hubiera causado tanto temor como aquella orden.

Su corazón palpitaba con una violencia tal, que parecia querer saltársele del pecho, y no se atrevia á alzar los ojos del suelo.

Ya no quedó duda á doña Constanza de lo estériles que serian cuantos recursos emplease.

Pero como la esperanza no nos abandona jamás, y nos sonríe en todos los actos de la vida; especialmente en el amor, levantándose de pronto, exclamó:

—¡Dios mio! ¡Parece que abren la puerta! ¡Si será mi marido!

Y dejando á Luciano consternado por lo que acababa de oír, volvió á los pocos instantes, diciendo:

—No me habia engañado; acaba de llegar mi marido.

—¡Oh!

—Nunca me hubiera figurado que al ir á cometer una accion buena habia de comprometerme tan terriblemente. Vos teneis la culpa de todo lo que me pasa.

—¿Yo, señora?—balbuceó Luciano.

—¡Callad! No hay tiempo que perder.

Y como viera que el joven hacia ademán de ponerse en marcha:

—Es imposible de todo punto que salgais de aquí,—le dijo.

—¿Por qué?

—Porque mi marido es muy celoso, y en el momento que llega echa la llave. que coloca despues debajo de la almohada de su cama. No teneis más remedio, por lo tanto, que pasar aquí la noche.

Y al terminar estas palabras le abandonó de nuevo, recreándose en el desenlace que pudiera tener aquella escena, tan hábilmente preparada por ella.

Ya habrán adivinado nuestros lectores que doña Constanza se habia aprovechado de la ausencia de su marido para dar cita al objeto de su amor, y estaba segura que don Luis no les interrumpiria, porque aquella noche le habia llamado el caudillo para asuntos urgentes.

En el momento en que Luciano se vió solo, creyendo sinceramente que el esposo de su interlocutora se hallaba en la casa, se asomó á una de las ven-

tanas, y midiendo la distancia que le separaba del suelo, creyó que de un salto podría salvarla sin gran peligro.

El miedo le hizo adoptar esta resolución, que dió al traste con todos los proyectos de la novelesca doña Constanza.

---

## Capítulo CXXIII.

---

Las hijas de Eva.

La noche en que Luciano abandonaba el palacio de sus amos para acudir al llamamiento de doña Constanza, un escudero que por orden de doña Juana le vigilaba, se presentó á esta diciéndole lo que ocurría.

—Seguidle,—exclamó,—y volved inmediatamente á noticiarme adónde se ha dirigido.

El escudero partió.

Apenas se quedó sola doña Juana, paseándose febrilmente por la habitación que ocupaba, añadió:

—¿Qué puede motivar esa repentina salida del secretario de mi marido? A estas horas no es creíble que haya ido á desempeñar ningún encargo de Cortés.

¿Habrá acudido á alguna cita amorosa? Tal vez